

Chris Bachelder
A propósito de Abbott

Traducción de Ismael Attrache

Libros del Asteroide 



Primera edición, 2012
Título original: *Abbott Awaits*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2011 by Chris Bachelder

© de la traducción, Ismael Attrache, 2012
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.



Ilustración de cubierta: © Ed Carosia
Fotografía del autor: © Jenn Habel



Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-06-3
Depósito legal: B. 26.047-2012
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.



12. Abbott acapara el Mal Humor

Como tantos otros antes que él, Abbott descubre, después de casado, que el matrimonio es una lucha (clínicamente, una *negociación*) por ver cómo se reparte el Mal Humor. Un matrimonio, sobre todo un matrimonio con hijos, no puede funcionar bien si ambas partes andan de mal genio; por lo tanto, el Mal Humor es un privilegio del que no pueden gozar los dos cónyuges a la vez. ¿A quién se le permite estar de Mal Humor? Esto se convierte en una lucha cotidiana. En una Unión Perfecta, el Mal Humor se distribuye de forma ecuánime, como el cuidado de los niños o las tareas domésticas. Hay una custodia compartida del Mal Humor. Si un cónyuge se pasa todo un fin de semana rezongando, el otro puede hacerse cargo del Mal Humor entre semana. Si uno de los dos se encuentra abatido durante el desagradable período que va del día de Navidad al de Año Nuevo, el otro puede reclamar para sí el de Acción de Gracias, Pascua y el Cuatro de Julio. Sin embargo, en un matrimonio normal, uno de los miembros de la pareja tiende a adueñarse de ese estado de ánimo de forma desproporcionada. A este fenómeno se le denomina

Acaparar el Mal Humor. Un jueves del pasado mes de febrero, de forma pacífica, Abbott le cogió el Mal Humor a su mujer mientras hacían una larga cola en el supermercado Big Y, y lleva cuatro meses sin cedérselo. Eso se llama Acaparar el Mal Humor. Es un síntoma del buen carácter de su mujer que esta no intentara, inicialmente, recuperar el Mal Humor, cosa a la que tenía todo el derecho. Al fin y al cabo, está embarazada y duerme fatal. Durante las primeras semanas, el primer mes incluso, dejó que Abbott se lo quedara, sin hacer preguntas. Como una bibliotecaria simpática, siempre se ha mostrado muy comprensiva con los retrasos; además, Abbott sospecha que han llegado al acuerdo tácito de que él necesita el Mal Humor un poquito más que ella. Aunque nunca han llevado un registro (al menos, él no), está bastante seguro de que él ha sido el dueño mayoritario del Mal Humor desde que están casados. Además, supone que ella imagina que obtendrá un interesante paquete de compensación anímica a cambio de la paciencia y de la buena disposición. No obstante, a medida que van transcurriendo las semanas y los meses, Abbott nota que su mujer empieza a impacientarse, que quiere recuperar el Mal Humor, que lo intenta recurriendo a las relaciones sexuales, y negándose a mantener relaciones sexuales. Lo intenta recurriendo al humor jovial y después a las amenazas joviales. Podemos hacerlo, le dice, de la forma fácil o de la difícil. Le dice que puede partirle las rodillas. Al final acaba recurriendo a estrategias de guerrilla, a los ataques por sorpresa, a unos rápidos y profundos empeoramientos del estado de ánimo pensados para mejorar el humor de Abbott y lograr un equilibrio marital. Pero él no cede. Quiere

tener el Mal Humor (siente que lo necesita), y renunciar a él tras mantenerlo tanto tiempo empieza a parecerle algo arbitrario. Si ha sido suyo tanto tiempo, ¿por qué tiene que traspasarlo ahora? Muchas veces tiene la sensación de hallarse en un estado rayano en el goce o la satisfacción, pero en esos momentos, al darse cuenta del peligro, vuelve a refugiarse en el centro del Mal Humor. Y esta tarde Abbott vuelve de la ferretería y ve que su hija pequeña sale corriendo por el camino de entrada para recibirlo. Dice «papá» una y otra vez, se aferra a su pierna como un niño en un anuncio de un seguro de vida o de una hipoteca. Le sonrío desde abajo, salta, canturrea la palabra «papá» como si él fuera un buen padre. Abbott se agacha para cogerla en brazos. Le pasa los brazos por detrás del cuello y le susurra unos mimos al oído. El pelo rizado de su hija le hace cosquillas en la cara. Al levantar la vista, Abbott ve que su mujer los observa desde la ventana de la cocina, y es entonces cuando lo pierde.

23. El S. R. C. de Abbott

Lamentablemente, de nuevo, Abbott no podrá asistir. Le pilla en un mal momento. Al consultar su agenda, se entera de que el día en cuestión tenía un compromiso. Ese día tiene que levantarse pronto con su hija para pasarse dos o tres horas jugando con botones y cuentas de collares en el cuarto de estar. Hay botones pequeños que caben en los grandes, y muchas de las cuentas lanzan destellos. No es una ocasión que pueda perderse. Lamenta no poder siquiera *pasarse un minuto a saludar* porque tiene que ir al supermercado Big Y a comprar ciento diecisiete dólares de alimentos, pese a que su mujer ya hizo la compra hace cuatro días. Debe dejar en el coche el tentempié que con tanto cariño ha preparado, para que su vorazmente hambrienta hija, que por algún motivo nunca tiene apetito en casa, se vea obligada a comer artículos del supermercado, lo que implica que Abbott acabará pasando una caja vacía y una botella vacía por la caja, que le costarán cinco dólares con cincuenta y ocho centavos. Después, cuando guarde la compra, sacará la caja y la botella de la bolsa y las tirará directamente al cubo de reciclaje. Va a estar muy

ocupado atando fuerte la cuerda del globo de helio de la oficina bancaria del interior de Big Y, alrededor del asa del carrito de la compra, porque a su hija le dará un patatús si el globo sale volando. Espera que lo entienda usted. La invitación tiene una pinta estupenda, hace tres años Abbott habría sido el primero en llegar y el último en marcharse, pero lamentablemente debe escuchar las opiniones de la cajera y del chico que le mete las cosas en las bolsas en Big Y sobre la cantidad de leche que compra. ¡De tres tipos distintos! Mientras su hija echa una cabezada, desgraciadamente Abbott seguirá ocupado y no podrá *irse a hurtadillas* ni *llevarles nada a hurtadillas*. Le ha prometido a su mujer que va a instalar un cierre de seguridad de plástico en la tapa del váter para que su hija no se dedique a tirar monedas en el interior de la taza y reírse. Por si fuera poco, hay que llevarle al veterinario una muestra de orina del perro y, si Abbott está leyendo bien la nota de su mujer, también del gato. Lamentablemente, a lo largo del día, Abbott también debe construir y luego desmontar la presuntuosa convicción de que nadie le agradece lo que hace, y ese ciclo de autocompasión y autocastigo tiende a ser arduo y a consumir mucho tiempo. Abbott es consciente de que el evento podría durar bastante y ser divertido, pero teme que ni siquiera podrá *darse una vuelta más tarde* porque tiene la tarde y la noche completamente ocupadas. Debe salir a jugar con piñas, cosa que siempre acaba durando más de lo que uno preveía. Luego habrá llegado el momento de volver a casa y de que le froten un poco de jarabe de arce por el pelo, momento en el que él estará ocupadísimo rechinando los dientes y recordándose una y otra vez que sus responsabilidades

suponen un privilegio, que lleva una vida envidiable y que, si atendemos a las cuestiones fundamentales, es un hombre de lo más afortunado. Abbott sabe, desgraciadamente, que también ha rechazado las cuatro últimas invitaciones y que en determinado momento dejará usted de invitarlo, pero ese día lleva mucho tiempo comprometido y él no puede hacer nada por cambiarlo. Antes de que se dé usted cuenta habrá llegado la hora del baño, y él debe estar ahí para apretar el mapache de plástico y que este suelte unos chorros. Después del baño, bajará al piso inferior y fingirá buscar algo. Si ese día le sobra algo de tiempo, lo cual no parece muy probable, Abbott sabe que tendrá que dejar de albergar sentimientos intensos y contradictorios hacia su mujer, y dedicar unos escasos sesenta segundos a intentar imaginar lo que sentirá ella. Ahora que vuelve a leer la invitación, Abbott ve que el evento al que lo han invitado tuvo lugar el fin de semana pasado. Lamenta sinceramente mandar tan tarde esta nota en que lamenta también su ausencia. Espera que lo haya pasado usted muy bien, y le recuerda que le encantaría reunirse con usted al cabo de cuatro o cinco años para tomar un café o quizá una cerveza.

27. Los trabajos de Abbott

Al volver a casa tras una búsqueda espectacularmente infructuosa de un sofá que comprar, Abbott se detiene con su mujer y su hija en el aparcamiento de una zona comercial de *outlets* del norte de Connecticut. Pero no compra. Está limpiando unas frambuesas vomitadas de la sillita de seguridad de la niña con unas toallitas húmedas antibacterianas. Se acuerda de ese héroe mítico, dotado de una fuerza extraordinaria, que tuvo que limpiar unos establos inmundos. Intenta no acordarse de ese héroe mítico, dotado de una fuerza extraordinaria, que tuvo que repetir la misma tarea desagradable una y otra vez. Las toallitas húmedas son frescas y agradables, despiden un olor algo penetrante con un toque de bactericida. El montón considerable de toallitas teñidas de rojo resulta sorprendente, casi bonito, sobre el asfalto negro. Levanta la vista de nuevo y ve a su hija corriendo por el aparcamiento abrasador con unos calcetines amarillos y un pañal medio caído, luciendo el aspecto de una niña cuyos padres no pagan impuestos. Su mujer persigue a la pequeña de forma lánguida, embarazada, en medio del calor; en una mano lleva la ropa echada a

perder y, en la otra, la ropa limpia. En el útero lleva otro ser humano sin civilizar. No parece albergar ninguna esperanza de atrapar a la chiquilla, menos aún de vestirla. Como un héroe mítico, Abbott vuelve a concentrarse en el asiento del coche, en los múltiples resquicios recubiertos por una capa de compota gástrica de olor dulzón. Su hija se ha dado un atracón de frambuesas. Saca la sillita de seguridad del coche y descubre que está goteando por el centro. En el aparcamiento hay pájaros marrones que picotean trozos de un *bagel* y un cruasán del suelo y que después regresan volando a un resquicio situado detrás del cartel de Liz Claiborne, donde viven y crían a sus hijos. El hígado de Abbott no parece interesarles mucho. El tiempo, más o menos, se ha parado. Caen unas gotas del sudor de Abbott en el vómito, y él vuelve a llegar a una paradoja. Las dos proposiciones siguientes son ciertas: (a) Si tuviera la ocasión, Abbott no cambiaría ni uno de los elementos fundamentales de su vida, pero (b) Abbott *no soporta* su vida.